

Filoctetes, Un recuerdo.

El detalle es esquivo a más de veinte años, escribo para recordar.

Recibí la invitación para participar de Filoctetes de parte de Maricel. Anhelaba trabajar con ella y Emilio, para entonces referentes de mi incipiente formación teatral. Hicimos un taller previo a la intervención en el CCR, el Rojas. Creo que fueron dos jornadas. Éramos muchos, de distintas edades y mundos. No era tan fácil trazar un patrón que definiese claramente a esa muchedumbre variopinta por fuera de la obvia pertenencia a una misma clase social.

Emilio y Maricel compartieron un manifiesto arañado a preguntas y algunas experiencias de intervenciones previas. Buenos Aires no era la primera sede del proyecto que ya se había realizado en algún lugar de Europa, Viena quizás. Armamos grupos de dos por muñeco. Vistos de cerca, los muñecos sorprendían por su simpleza: monigotes de proporciones humanas rellenos de guata, vestidos y calzados con ropas de las más comunes. Amontonados en un rincón, apilados en grupos para su transporte o dispersos y despatarrados por los rincones del enorme salón blanco del Rojas, no escapaba a su entorno: parecían maniqués maltrechos que no podían siquiera mantenerse de pie, esperpentos fugitivos de algún local de ropa de segunda mano del once. Mismo cara y manos moldeadas en látex con detalles realistas revelaban el artificio ante la más mínima indagación. Sin embargo, colocados con astucia, daban la impresión de ser personas, de estar ahí, en el último hálito de un esfuerzo extremo, de una respiración suspendida, de una noche a plena luz del sol.

Norberto Laino y Julieta Potenze se encargaron de transmitirnos la técnica y la devoción con las que se debía tratar a los muñecos para animarlos. Y en gran parte, ese fue el transcurrir del taller. Un quehacer práctico y una charla continua, descentralizada, derivativa. La idea misma de lo artístico estaba perdida, olvidada. Recuerdo que una de las cosas que más me interesó del trabajo previo fue que nunca hubo un manual de procedimientos sobre cómo actuar o qué decir durante la intervención. Se nos delegó una tarea simple e imperfecta: "ser responsables del muñeco y documentar lo que sucediese". Este enunciado lacónico estaba acompañado por los avales, autorizaciones y permisos con los que contaba el evento. Teníamos derecho a estar ahí. La policía, El SAME y el gobierno de la ciudad sabían que estaríamos ahí y en otros veinticuatro puntos más, en toda la ciudad, durante todo el día, al mismo tiempo. Esa era nuestra entidad. Ante la pregunta, muchas veces ofuscada, *qué están haciendo* teníamos un marco, pero no un fin. Porque, sin que lo supiésemos cabalmente hasta entonces, *la obra* comenzaba ahí, en la pregunta, justo después de la conmoción, en el choque, en las charlas interminables, en las discusiones acaloradas que mantuvimos con decenas de personas que no conocíamos entre las que se formaban bandos aguerridos, en las que se pensaba y discutía con las tripas sobre lo más básico, sobre cómo convivir en una ciudad. Yo tenía veintipocos años y me gustaba discutir. Estaba convencido no sé de qué cosa y me gustaba discutir.

El día de la intervención llegamos unos minutos antes de las ocho a la esquina de Córdoba y Florida, una de las intersecciones más transitadas del centro porteño. La calle ya estaba

viva, habitada por quienes trabajan y viven ahí. Comerciantes, mozos, floristas, diarieros, vendedores ambulantes, arbolitos, mendicantes, chicos y chicas que viven y trabajan en la calle, personas que deambulan de noche y duermen de día. Todos preparados para recibir el flujo incesante de transeúntes y turistas.

Nos refugiamos con Gabriela Escobar, mi compañera fotógrafa, en una sombra junto al bar de la esquina, en diagonal al Centro Naval. Colocamos el muñeco sobre un cantero de la peatonal, a pocos metros de la entrada principal de Galerías Pacífico. Rápidamente fuimos perfeccionando la técnica, luego de un par de pruebas encontramos las posiciones en las que el muñeco no delataba el artificio. Parecía vivo, en silenciosa emergencia. Inmediatamente el dispositivo ideado por Emilio y compañía comenzó a funcionar. Las personas que pasaban cerca de él se veían forzadas a alterar su marcha de alguna forma. Detenerse, eludir, escapar. Incluso los más decididos a ignorar su presencia debían actuar la indiferencia ascética con la que pretendían abstraerse. Los muñecos están diseñados para el instante de la repulsión en el que el ojo percibe lo abyecto y decide huir hacia otro lado. Para muchos, el camuflaje es perfecto: esos bultos de subhumanidad son lo que se espera ver en tal paisaje, lo que brota del suelo de cada ciudad. Lo que otro debería haber limpiado. Esa mayoría sigue con su vida, quizá hasta se siente afirmada en su existencia. La crueldad de la urbe no está en matar sino en dejar morir.

Por supuesto, hubo quienes se detuvieron. En estos casos las reacciones eran de lo más diversas. Algunos se aproximaban y al comprobar que se trataba de un muñeco, alzaban la cabeza con gesto indignado y temor en busca de la *cámara oculta* que estuviese registrando sus reacciones. Aquí la intención era salir indemnes, airosos del encuentro con esa mirada que podría multiplicarse por millones en la tele y dejarlos en ridículo. En otros casos, la conmoción conducía a la empatía. Hubo quienes intentaron asistir a los muñecos y multiplicaron su desconcierto al descubrir que el sujeto por quien se habían sentido afligidos no era más que una simulación, un discreto abismo de irrealidad sembrado en la vía pública.

Hubo también la violencia, hubo patadas al muñeco, puteadas, maldiciones y gritos. Pedidos airados de explicaciones, exigencias de disculpas. Amenazas, de las institucionales y de las otras. Llamados a la policía. Fricciones. Búsqueda de responsables, pedidos de reparación por la afrenta, por haber sufrido un engaño, por sentirse estafado y por que esto no se puede hacer, porque no es posible que tengan permiso para hacer esto, y qué están haciendo, para qué. Esto no es arte, porque es una vergüenza que hagan esto, no me podés hacer esto a mí. No ves que viene la ambulancia a atenderte a vos que estás jugando con un muñeco mientras hay gente que lo necesita de verdad a vos te parece hacer esto engañar a la gente y hacer que venga la ambulancia mientras otro se puede estar muriendo de verdad y para qué porque vos qué hacés acá te crees que esto es arte qué están haciendo están jugando y de qué otra violencia me hablas yo no soy violento violento sos vos vos reproducís la violencia qué necesidad hay de reproducir esto lo feo yo estoy trabajando acá voy a trabajar y vos estás jugando engañando a la gente porque por acá pasan turistas pasa mucha gente de otros países que vienen a visitar la Argentina y ven esto que vos ponés y se llevan una imagen horrible del centro qué van a decir después no se pueden llevar esa imagen de nuestro país qué sos vos sos de algún partido político Buenos Aires no es así y vos no podés dar esa imagen no podés hacer esto acá.

A veces dejábamos el muñeco doblado sobre sí mismo o con el brazo dislocado. Así como cayó quedó, necesitábamos descansar. Recuerdo pensar que la intervención era sobre nuestro cuerpo. Un pasaporte de ocho horas para vivir de ese lado. Quienes menos se inquietaron fueron las personas que vivían en la calle, algunos chicos se acercaron a jugar con el muñeco, a reconocerlo sin mayor interés. Para ellos seguimos siendo otros. Quizá lo que más me desconcertó fue la gente que nos alentaba y decía “está buenísimo lo que están haciendo” sin que nosotros mismos supiésemos qué era exactamente lo que hacíamos. Tal vez esa gente sabe algo que yo todavía no. La calle es extenuante, la discusión es agotadora. Y toda esa intensidad, esa interrupción de la vida cotidiana, esa explosión de opiniones, ese agón con el cuerpo entero, con las pasiones y las ideas, desaparecen enseguida, en lo que tarda en cambiar un semáforo. La misma ciudad que le da vida a los muñecos los absorbe y se lleva consigo lo que pasó. El oleaje humano barre inopinadamente todo. Apenas queda una huella en la memoria y en estas páginas.